JORNADA MULTICOLOR

Mayor Circulación Sudamericana

Sección Magazine de JORNADA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sabado 2 Enero 1932



Los 3 Reyes Magos no Eran Magos, ni Reyes, ni 3

LOS Reyes Magos están de viaje y muy próximos a llegar simultáneamente a todos los pueblos de la cristiandad, donde los esperan soñando con maravillas de juguete todos los niños que aun conservan la inocencia o ya han adquirido la hipocresía interesada.

¡Los Reyes Magos! Quien pueda evocar la resonancia festiva que estas palabras han tenido para millones de criaturas en otras épocas, no dejará de experimentar la nostalgia de un bien perdido. Hubo épocas, en efecto, en que el anuncio de los Reyes Magos fué un anuncio de felicidad para la infancia cándida.

Hoy, ¿en qué se cree? Y si acaso se cree en algo, ¿es religión? Pueden existir todavía religiosos. Ya no hay creyentes. Ni siquiera los niños. Ni aun los niños que creen, pues creen pero ven y no son ya de aquellos de quienes dice el Evangelio: "Beati qui non viderunt et crediderun" ("Felices los que no vieron y creyeron"). Creer y ver no es creer. El creyente es ciego. Y los niños de ahora, si tal vez creen en los Reyes Magos, están viendo a los papás ponerles el trompo o la Lenzi en los zapatitos.

Pero no lamentemos lo perdido. Nada se pierde en el mundo. Sólo ocurre que unas cosas dejan lugar a otras. Los Reyes Magos se van. Es un hecho muy armónico con los tiempos corrientes, que no parecen tiempos de reyes, y quizás sea una simple restitución de un estado primitivo. Porque los tres Reyes Magos tradicionales ¿existieron alguna vez? Queremos decir: ¿existieron siquiera en la realidad o en el invento poético o religioso que sirvió de base a la difundida leyenda?

He aquí algo que hace siglos hubiera dado un dolor de cabeza y de huesos investigarlo. Al presente, todo se puede indagar. ¿Qué hay de verdadero en esta fantástica leyenda de los Reyes Magos?

Parece que muy poco, tan poco como lo poco que en ellos creen los niños de nuestro tiempo. Parece, efectivamente, que los tales Reyes Magos — Melchor, Gaspar y Baltasar — no fueron reyes ni magos ni tres; no fueron nada de lo que se nos ha dicho, aunque pudieron ser algo, tres vagabundos que de Oriente se largaron un día a lomo de camello a ver a un pibe de Israel, como los tres tucumanos desocupados que un día se largaron a pie de su ciudad a La Plata a visitar al poeta Almafuerte, tres seres comunes, sin nada de milagroso, como los sospechan los niños actuales.

La leyenda de los Reyes Magos que acuden desde Oriente a Belén, a adorar al niño Jesús recién nacido, surge de una aserción del Evangelio de Mateo, quien menciona el episodio.

Los magos eran una casta sacerdotal dedicada al estudio de las ciencias y en particular al de la astronomía, que se encuentra primero en Persia, luego en Babilonia y en gran parte de Oriente. Supónese que pertenecían a tal casta los aludidos por el evangelista.

Pero he aquí una cuestión: Mateo escribió en lengua aramea su Evangelio; el original se ha perdido, y aun cuando todas las traducciones antiguas incluyen la palabra "mago", no puede asegurarse que ese sea el término usado por el evangelista, quien pudo hablar de "magos" o de "adoradores", sin que los traductores diferenciasen el matiz.

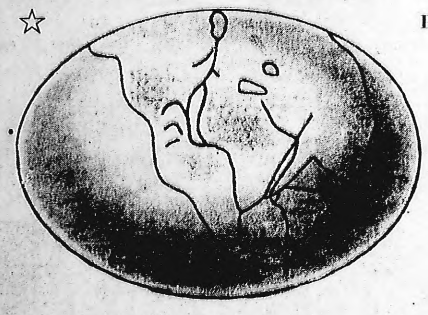
Lo único que parece deducirse del relato de Mateo es que los viajeros eran doctos y especial-

CONTINUA EN LA PAG. SIGUIENTE

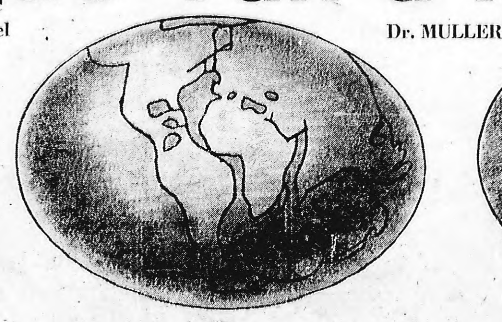
Por Luis C. Alcobenda

Los Continentes Son Gigantescos Terrones que Van a la Deriva

Por el Dr. MULLER



1



2

3

Según Alfredo Wegener, primitivamente la superficie terrestre era un solo bloque, como puede verse en la figura 1. Una fuerza que nos es desconocida agrietó en los comienzos del período carbonífero ese inmenso bloque, cuya profundidad era de unos cien kilómetros. Las grietas se acentuaron y los diferentes fragmentos empezaron a separarse entre sí. En el período eoceno, América está todavía unida con el Africa y con la Antártica; pero los continentes se hallan ya diseñados y aparecen los mares entre ellos, según muestra la figura 2. Los continentes siguen distanciándose, pues van a la deriva en las aguas, y al llegar el período cuaternario antiguo, tienen una ubicación muy próxima a la actual, sólo que el Estrecho de Gibraltar no se halla aún abierto, conforme se observa en la figura 3, que es casi el mapamundi que puede dibujarse en la actualidad y en el que las costas se desfiguran, pero sin perder del todo su antiguo perfil

SI en un mapamundi correctamente dibujado se compara detalladamente la costa atlántica de la América del Sur con la costa africana de enfrente, se observará esta curiosa coincidencia formal: que las sinuosidades de una corresponden, en sentido inverso, a las sinuosidades de la otra; es decir, que donde una presenta una concavidad, la otra presenta una eminencia casi de la misma forma, como si se tratase de dos partes destinadas a unirse entre sí. Todo lo largo de ambas costas, mientras se miran semejan los bordes de dos fragmentos de una hoja de papel desgarrada que pudieran volver a unirse perfectamente sin faltas ni sobras.

También si examinamos las capas geológicas de ambas costas, hallamos entre ellas una semejanza como si se tratase de un corte irregular practicado en una misma región.

Estas coincidencias no son únicas en la Tierra. Se repiten, y con mayores detalles aún, por ejemplo, entre las costas del extremo Sur de Africa y las de la Antártica, donde no sólo la forma de los bordes y las capas terrestres se corresponden, sino incluso se hallan restos de la misma fauna, no obstante ser regiones separadas entre sí por los mares.

Es, con respecto a la fauna, el caso del extremo Sur de América con respecto a la Antártica, y el de esta última con respecto a Australia. Las tres — América del Sur, Antártica y Australia — carecen de comunicación terrestre entre sí, y sin embargo, en las tres se observan rastros de animales comunes.

LOS CONTINENTES DESAPARECIDOS

Hasta no hace muchos años, esas coincidencias aparentemente inexplicables se justificaban por medio de la teoría poco convincente de la antigua existencia de continentes hoy desaparecidos. Entre Africa y América, por ejemplo, habría existido en otras épocas una superficie terrestre luego hundida en las aguas; y si bien tal supuesta superficie intermedia no explicaría la forma coincidente de las costas restantes, daría una justificación al hecho de la analogía de las capas geológicas y, sobre todo, a la comunidad de la fauna, ya que entonces podían haber circulado libremente de una región a otra los mismos animales.

Nuestro Ameghino fundó precisamente su teoría del origen americano del hombre en la suposición de una antigua comunicación terrestre entre los continentes, que habría permitido al hombre cuaternario, del que creyó hallar restos en la Argentina, emigrar al Asia y ser allí creador de la raza caucásica.

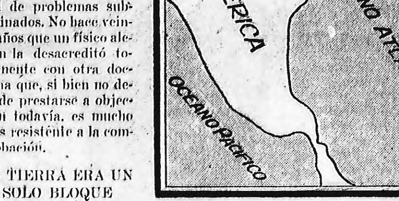
Pero, aunque es indudable que diferentes trastornos geológicos han alterado las comunicaciones terrestres en el curso de los siglos, la teoría de la desaparición de continentes nunca llegó a conformar del todo, primero, por parecer producto de pura arbitrariedad o mera hipótesis y, segundo, por dejar sin solución satisfactoria multitud de problemas subordinados. No hace veinte años que un físico alemán la desacreditó totalmente con otra doctrina que, si bien no deja de prestarse a objección todavía, es mucho más resistente a la comprobación.

LA TIERRA ERA UN SOLO BLOQUE

La nueva doctrina expuesta en 1912 en una reunión de geólogos en Francfort, es la de la primitiva soldadura de los actuales continentes, y su autor es Alfredo Wegene, geofísico de Marburgo, hoy célebre por su genial proposición en todo el mundo científico.

He aquí, en síntesis, la teoría de Wegener. Primitivamente — sostiene el gran sabio, admitiendo la "Panthalassa" de Suess — el globo terrestre estaba totalmente cubierto de agua. Poco a poco, fué emergiendo la corteza terrestre, en una sola porción, hacia uno de los dos hemisferios del globo. Esa enorme masa unida, sólo con algunas cuencas de agua en distintos lugares de su extensión, se quebró con el tiempo por diferentes zonas, como puede rajarse cualquier superficie de tierra.

Si la masa de tierra que se quebraba, descansase sobre base sólida, podía haberse agrietado, simplemente, sin que unos trozos se separasen de los otros. Pero esa masa — la masa de nuestro planeta — reposa sobre el magma en que se halla parcialmente sumergido y es como si fuese un gigantesco terrón flotante. De modo que al fraccionarse el total, los distintos fragmentos, por efectos del propio movimiento del planeta se alejaron unos de otros, y así surgieron los distintos continentes incomunicados entre sí o sólo comunicados por estrechas lenguas de tierra, con dilatados mares en medio.



Observando atentamente las líneas que siguen la costa sudamericana y la africana, sobre el Atlántico, se adquiere la convicción de que ambas costas no son sino los bordes de una grieta abierta en otro tiempo en una sola superficie de tierra, luego separada en dos trozos, conforme lo explica la teoría de Wegener

LOS CONTINENTES A LA DERIVA

Ahí se tiene la explicación de la coincidencia formal, geológica y zoológica entre costas distantes. La actual América del Sur sería un trozo escindido del Africa, pueden reunirse ambos fragmentos y casi coinciden del todo en los perfiles por donde se tocan: "No solamente — dice Wegener — el gran codo en ángulo recto que la costa brasileña muestra en el Cabo de San Roque halla su fiel negativo en el seno litoral africano del Camerón (o Golfo de Guinea), sino que del mismo modo, al Sur de ambos, cada saliente del lado brasileño engrana con un seno análogo del africano y a la inversa, cada seno de la costa brasileña con un saliente de la africana".

Por su parte, toda la región antártica se habría desprendido del extremo de Africa y América; y Australia, con Nueva Guinea, se habría separado de Antártica y Asia. Coinciden los respectivos bordes, también, aunque no tan fielmente como en el caso de la costa brasileña y la africana, y su geología y zoología no tiene nada de extraño que sea una misma.

Los fragmentos separados marchan a la deriva — "semejantes a inmensas bancas errantes" dice Wegener — y han invadido el otro hemisferio, hasta lograr la ubicación actual, que, por consiguiente, no puede ser definitiva. Tienen unos cien kilómetros de espesor y van separándose cada vez más entre sí. Entre el viejo y el nuevo continente hay un distanciamiento que Wegener estima en dos o tres metros por año. Groenlandia ha batido hasta ahora, que nosotros sepamos, el record de la separación: de 1823 a 1870, se separó de Europa, con rumbo occidental, 400 metros. El fragmento menos viajero, según Wegener, es el que constituye el continente Africano.

LA OROGRAFIA Y LA MIGRACION POLAR

Son muchos los problemas que se ligan con esta teoría de Wegener y a los cuales parece dar respuesta aceptable. Uno de ellos, el de la formación orográfica. Creíase hasta el presente que la formación de las montañas se debía a un enfriamiento de la corteza terrestre. La teoría de Wegener, observando la coincidencia de las cadenas montañosas con las costas, sostiene que, producida la rotura de la masa única primitiva, a medida que iba ensanchándose se arrugaba y se plegaban los bordes, con lo que quedaron constituídas las cordilleras montañosas, al par que se formaba el abismo oceánico.

Otro sugestivo problema que Wegener parece resolver, es el de la supuesta emigración de los polos. Por gran variedad de restos fósiles se sabe que las características polares no fueron siempre propias de las regiones en que ahora se observan. Eso hizo suponer que los polos de la Tierra habían correspondido en diferentes épocas a diferentes zonas del planeta. Pero, de haber ocurrido tal cosa, la zona antípoda de aquella donde se hallasen restos nórdicos debía ofrecer restos antárticos, y no ocurría así. Como por otra parte no podía admitirse que un polo cayese en un lado sin que justamente en el lado opuesto cayese el otro polo, el problema de la emigración polar quedaba sin solución. Admitiendo, con Wegener, que los continentes navegan a la deriva, no hay inconveniente en que regiones diametralmente opuestas no ofrezcan restos de vida diametralmente opuestos en una misma capa de tierra. Hoy son fragmentos opuestos entre sí, por la ubicación, pero en otro tiempo pudieron hallarse en una misma latitud.

* * * * * * * * * * * *

Los Tres Reyes Magos

VIENE DE LA PAGINA ANTERIOR

mente versados en ciencias astronómicas.

REYES DE CARTON

¿Eran reyes? Mateo, muy interesado en subrayar la realeza de Jesús, no alude para nada a la supuesta realeza de los magos visitantes. Habla de extranjeros adoradores, y nada más.

Tampoco en las pinturas antiguas de las Catacumbas, hechas por los primitivos cristianos refugiados de las persecuciones paganas, aparecen los magos adoradores con insignias reales, de modo que hay motivo para dudar y hasta para negar que se tratase de reyes.

El primero que les llama reyes es San Cesáreo de Arlés, en el siglo VI, esto es, casi seiscientos años después de su existencia; y les llama reyes sin fundamento ninguno, sólo por gusto personal, acaso — como no era desusado en aquella época — en señal de exaltación afectiva, como se le llamó rey a Jesús y reina a la Virgen.

Probablemente, pues, no eran magos ni reyes. ¿Cuántos eran? No es aquí más explícito el evangelista Mateo, que no da número alguno.

Según tradiciones literarias y monumentos, para unos eran dos, para otros tres, para otros cuatro, seis, ocho, doce, hasta quince. Los cristianos armenios todavía en la actualidad creen que fueron doce y en tal número los veneran.

La tradición popular ha hecho prevalecer en los demás pueblos cristianos el trío, pero no hay para sostener este número mayor razón documentada que para sostener cualquier otro.

NOMBRES POSTIZOS

Tres, pues, quiere arbitrariamente la tradición que fuesen los Reyes Magos que tampoco fueron magos ni reyes, y esos tres se llaman (excepto en Armenia) Gaspar, Baltasar y Melchor.

¿Se llamaban así realmente? Es inútil que le preguntemos a Mateo, que si no los numera, tampoco los nombra. Estos tres nombres famosos son relativamente modernos y se hallan por primera vez en un códice del siglo VII de la Biblioteca Nacional de París.

RETRATOS EN EL AIRE

Con la misma falta de base científica con que han sido llamados reyes, magos y todo lo demás, el venerable Beda los describe en estos términos:

"Melchor era anciano, de barba luenga y poblada; Gaspar, joven, lampiño y rubio, y Baltasar, negro, de espesa barba".

Estos retratos no concuerdan con los antiguos monumentos que representan a los tres viajeros como pertenecientes a una misma raza.

Ahora, ¿de qué país procedían? Todos son problemas, como se ve, en torno a los celebérrimos reyes.

Mateo sólo dice que venían de Oriente. Pero el Oriente era vastísimo y muy variado en aquellos tiempos. Había pueblos muy distantes entre sí y muy diversos. No importaba lo mismo pertenecer a unos o a otros. ¿A cuál o a cuáles de ellos, si eran orientales, pertenecían nuestros discutidos viajeros?



Ilustró NIAHCER SEDITSIRA

Por las vestiduras con que los representan los monumentos antiguos, en particular por sus amplias botas persas, debieron de proceder de Persia o quizás de Babilonia.

LAS ESTRELLAS

Continuemos con las interrogaciones. ¿Cuál era el motivo del viaje de aquellos hombres? Todo lo que sabemos al respecto, es que al llegar a tierra hebrea dijeron, según Mateo:

"¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle".

Hablan de una estrella: ¿Cuál? De las muchas respuestas que se han dado a esta pregunta, parece la más aceptable la del gran astrónomo Keplero, quien opinó que la estrella aludida podía ser un resplandor, necesariamente muy intenso, producido por la conjunción de los planetas Marte, Júpiter y Saturno.

En la Biblia consta la profecía de Balaam: "Nacerá una estrella de Jacob". Tal vez los magos conocían del cautiverio de los judíos en Babilonia esa profecía y la relacionaron con la conjunción planetaria a que se refiere Keplero.

También hay dudas acerca del momento de la vida de Cristo en que aparecieron a adorarle los magos. La tradición ha acostumbrado a la cristiandad a asociar el nacimiento con la visita, en diferencia de pocos días. Pero lo probable, según los cálculos cronológicos, es que los extranjeros llegasen a Belén dos meses después del nacimiento.

¿Y el sitio en que adoraron a Jesús niño? El cristiano no puede imaginar la adoración de los magos fuera del establo y aun del pesebre en que se asegura que nació el futuro Salvador. No obstante, esta representación parece tardía. Mateo llama "casa" al lugar en cuestión, y, a juzgar por las pinturas de las Catacumbas, habría que interpretar el término "casa" directamente, sin pensar en otra significación.

Por último, no se sabe qué les ocurrió, después de la adoración, a aquellos singulares viajeros, que sin duda no sospecharon jamás el trabajo que iban a dar, con su raid, a los eruditos. La tradición, siempre arbitrariamente, establece sobre el particular, lo que sigue:

Los Reyes Magos fueron instruídos en la fe por el apóstol Santo Tomás, se les consagró obispos y murieron mártires del cristianismo en el siglo primero de nuestra era. En los tiempos de Constantino el Grande, cuando el reconocimiento oficial del cristianismo por el Imperio Romano, los restos de los Reyes Magos fueron trasladados de Palestina, donde reposaban, a Constantinopla, donde Constantino erigía con inusitada pompa su metrópoli pagano-cristiana; más tarde, los transportaron a Milán, hasta que en 1164 el emperador Federico Barbarroja los obsequió al obispo de Colonia, quien los sepultó en su diócesis y mandó edificar sobre ellos un templo sencillo, luego (en 1248) convertido en la famosísima catedral, uno de los más bellos monumentos que ha producido el grandioso arte gótico.

Y este es todo el cuento que se puede contar de los tres Reyes Magos, que no eran magos ni reyes ni tres, y fueron de Oriente a Belén a llevar juguetes a un niño.

DOSTOIEWSKY EL MAS DICHOSO Y EL MAS DESDICHADO

Stefan Zweig

Ilustró PREMIANI

En el año 1844, a los veinticuatro años de su vida, escribe Fedor Dostoiewsky su primera novela, "Gente Pobre", ese estudio humano que es ya el de un maestro, él, el solitario, el oscuro, el pobre; y lo escribe "en el fuego de la pasión, casi con lágrimas". Lo engendra su más terrible humillación: la pobreza, y lo apadrina su fuerza más hermosa: el amor del sufrimiento, la compasión infinita.

Contempla con desconfianza las páginas escritas. Presiente que en ellas se guarda el enigma de su destino, y a duras penas decídese a entregar el manuscrito al poeta Nekrasoff, para que lo examine.

Pasan los días sin la menor respuesta. Solo y caviloso, Dostoiewsky se encierra por la noche en su cuarto y trabaja hasta que la lámpara, humosa, se extingue. De pronto, por la mañana, sobre las cuatro, alguien tira violentamente de la campanilla, y Nekrasoff se abalanza en los brazos del novelista, que le abre aterrado: le estrecha contra su pecho, le cubre de besos, le ensordece con exclamaciones de alegría.

Nekrasoff había leído el manuscrito con un amigo, juntos se pasaron la noche en claro, riendo y llorando con la novela, y, al acabarla, los dos sintieron la invencible necesidad de ir desde allí a abrazar a su autor. Esta campana que le arranca al silencio de la noche y le llama a la fama, es el primer segundo de la vida de Dostoiewsky.

Hasta bien entrada la mañana los amigos no se separan, comunicándose en cálidas palabras la alegría y el entusiasmo. Nekrasoff vuela a ver a Bielinski, el crítico todopoderoso: "¡Ya tenemos un nuevo Gogol!", grita apenas cruza el umbral, sin poder contenerse, tremolando el manuscrito como una bandera.

"Para vosotros, los Gogol brotan como setas", murmura el crítico, desconfiado, sin poder comprender tanto entusiasmo. Pero cuando al día siguiente le visita Dostoiewsky, es otro. "¿Sabe usted mismo la maravilla que ha escrito aquí?", le dice conmovido.

Y el terror se apodera de Dostoiewsky, un dulce terror ante esta fama súbita. Baja las escaleras como un sonámbulo, y al llegar a la esquina tiene que detenerse sobre sus piernas trémulas.

Siente por primera vez en su vida, sin atreverse aún a creerlo, que aquellas fuerzas oscuras y peligrosas que empujaban a su corazón con fuerzas potentes, son acaso la "grandeza" con que soñó confusamente su infancia, la inmortalidad, el padecer por el mundo.

Por su pecho cruzan, vacilantes y confusas, la exaltación y la contrición, la humildad y el orgullo, y no sabe qué voz ha de escuchar. Va como un borracho, tambaleándose por las calles, y en sus lágrimas se mezclan la dicha y el dolor .

TRAS LA GLORIA, EL HORROR DE LA SIBERIA

Pero el Destino levanta su dedo monitorio. Su demonio familiar, vigilante, alerta, no quiere que la vida le sea demasiado fácil. Y para que pueda penetrar hasta sus senos más hondos, Dios, que le ama, le envía su prueba.

Vuelve a sonar la campanilla en la noche. Dostoiewsky abre, otra vez sorprendido; pero esta vez no es la llamada de la vida, la amistad gozosa, el mensaje de la fama: es la voz de la Muerte. Cosacos y oficiales irrumpen en su cuarto; su ocupante, que no ha salido de su asombro, es tomado preso; sus papeles secuestrados.

Cuatro meses languidece en una celda de la fortaleza de Pedro y Pablo, sin sospechar siquiera el crimen de que se le acusa: todo su delito es haber intervenido en las discusiones de unos cuantos jóvenes exaltados, a que el énfasis dió el nombre de "conspiración de Petrachewski". Su prisión obedece, indudablemente, a un error.

Mas sobre el preso esperanzado con su inminente liberación, cae de pronto, como un rayo, la sentencia que le condena a la última pena: a morir bajo la pólvora y el plomo.

Y otra vez su destino se condensa en un segundo; en el más apretado y más rico de su existencia, un segundo infinito en que la muerte y la vida se dan los labios en ardiente beso.

Bajo el gris del alba le sacan de la celda, con nueve condenados a la misma pena; ya le han vestido con la mortaja de la muerte; ya le han atado a la estaca y vendado los ojos. Ya ha escuchado la lectura de la sentencia y oye cómo redoblan los tambores...; todo su destino se apelotona y se apretuja en un puñado de esperanza, su desesperación infinita y su infinita ansia de vivir se condensan en una sola molécula de tiempo.

Y de pronto el oficial levanta la mano, agita un pañuelo blanco y lee el indulto, que conmuta la pena de muerte por el presidio siberiano.

De su prematura fama juvenil se precipita ahora a una sima sin nombre. Durante cuatro años, todo su horizonte estará cercado por mil quinientos postes de madera, y en ellos cuenta el preso, día tras día, con muecas y con lágrimas, los trescientos sesenta y cinco días del año, hasta cuatro años.

Tiene por compañeros de vida a criminales, ladrones y asesinos; por trabajo diario, partir alabastro, transportar tejas, palear nieve. La Biblia es el único libro que se le tolera, y sus solos amigos un perro sarnoso y un águila aliquebrada.

Cuatro años le tienen sepultado en la Casa de los Muertos, en este infierno; una sombra entre sombras, anónimo y olvidado. Y cuando le quitan los grilletes de los pies llagados y deja a sus espaldas los postes de la prisión, sus muros oscuros y podridos, es otro ya: su salud está arruinada; su existencia, aniquilada; su fama, hundida.

Sólo su goce de vivir permanece intacto e intangible, y de la cera derretida de su cuerpo caduco se alza, más inflamada y brillante que nunca, la llama ardiente del éxtasis.

Dos años más ha de seguir en Siberia, sin el goce completo de su libertad, sin poder publicar una línea. Y allí, en el destierro, en las horas más amargas de soledad y desesperación, es donde contrae aquel matrimonio misterioso con su primera mujer, una mujer rara y enferma que le retribuye de mala gana su compasivo amor.

PASA LA FRONTERA COMO UN CRIMINAL

Cuando regresa a San Petersburgo, todo el mundo le ha olvidado. Sus protectores literarios le han abandonado, sus amigos han desertado de él. No importa. El poeta lucha, animoso y lleno de fuerzas, contra la ola del infortunio, hasta salir de nuevo a la luz.

Sus "Memorias de la Casa de los Muertos", pintura imperecedera del presidio, arrancan a Rusia del letargo de la indiferencia contemplativa. La nación entera ve con espanto que debajo de la superficie serena del mundo aparente, tocando con su aliento, hay otro mundo que es un purgatorio de suplicios.

La llamarada de la acusación sube hasta el Kremlin; el zar solloza sobre el libro, y miles de labios pronuncian el nombre de Dostoiewsky.

Un año le basta para rehacer su fama, más alta ahora y más fuerte que nunca. El resucitado funda, en unión de su hermano, una revista que casi llena él solo, y bajo el poeta se revela el predicador, el profeta, el "praeceptor Rusiae". Resuena, ruidoso, el eco de su voz; la revista corre por todas las manos; sale a luz una nueva novela; la gloria le tienta, pérfida, con miradas sostenidas y brillantes. Parece asegurado para siempre el destino del novelista.

Pero la sombría voluntad que gobierna su vida no quiere que aún sea llegada la hora de la dicha suprema. Falta todavía a su existencia un suplicio terreno: el del destierro en el extranjero y la angustia devorante y cruel de las necesidades de cada día.

En Siberia, en la Catorga, vivía aún la patria, aunque deformada, caricaturizada con los rasgos más espantosos. Había llegado la hora de que el poeta conociese la nostalgia ancestral del nómada lejos de su cabaña, el amor avasallante y elemental al pueblo donde se nace.

Todavía ha de descender, y más bajo que nunca, a la sima del anónimo, a la tiniebla, antes de que pueda ser el poeta y el heraldo de su país. Su vida se convulsiona bajo un nuevo rayo y conoce un nuevo segundo de aniquilación.

La revista es suprimida por la autoridad. Otro error, y tan homicida como el primero. Desde este momento, de tormenta en tormenta, el terror va invadiendo la vida de Dostoiewsky. Muere su mujer, y poco después muere su hermano, que no era sólo su hermano, sino su mejor amigo y colaborador.

Sobre sus hombros vienen a cargar con peso de plomo las deudas de dos familias, y su espinazo se dobla bajo el agobio. Todavía se defiende desesperadamente: trabaja con furia febril los días y las noches; escribe, redacta él mismo, compone e imprime lo escrito, sólo para ahorrar, para salvar su honor, su existencia.

Pero el destino es más fuerte que él. Y una noche, el poeta pasa la frontera como un criminal, huído de sus acreedores.

EL DESTIERRO, LA TINIEBLA, LA MISERIA ABSOLUTA

Ahí comienza aquel peregrinar sin fin de largos años a través del destierro de Europa, aquella espantosa mutilación de Rusia, torrente de la sangre de su vida, más angustiosa y dura para el alma de este hombre que los postes de la Catorga.

Es terrible pensar cómo el más grande de los poetas rusos, el genio mensajero de lo infinito, andaría errante, durante estos años, sin hogar, lleno de miseria, de país en país. A duras penas encuentra techo en algún cuartucho mezquino, oprimente, donde sólo se respira el vaho de la pobreza; el demonio epiléptico se clava en sus nervios; las deudas, los pagarés, los compromisos, le azotan sin tregua de uno en otro trabajo; la timidez y la vergüenza le acosan de una en otra ciudad. Y si un relámpago de dicha brilla acaso en su vida, el destino lo envuelve en seguida en nubes más sombrías y más espesas.

Hace su segunda mujer a la muchacha que le sirve de secretaria y el primer hijo que tiene de ella se lo arrebatan a los pocos días de nacer, la miseria y la inanición del destierro.

Si Siberia fué el purgatorio, la antesala de sus tormentos, Francia, Alemania, Italia fueron, seguramente, el infierno. Apenas se atreve uno a representarse esta existencia trágica. Siempre que paseo por las calles de Dresden y paso por delante de alguna casucha sucia y mísera, pienso que acaso vivió él allí, en uno de aquellos cuartos abuhardillados y estrechos, mezclado con vendedores ambulantes y jornaleros, solo, infinitamente solo entre ese mundo activo ajeno al suyo.

Nadie, durante estos años, le conoció. A una hora de allí, en Naumburgo, está Federico Nietzsche, el único capaz de comprenderle: Ricardo Wagner, Hebbel, Flaubert, Godofredo Keller, que son sus contemporáneos, no tienen noción de su existencia, ni él de las suyas.

Hay que imaginárselo, hirsuto como una bestia acosada, saliendo a la calle de la madriguera en que trabaja, con su traje mísero, recorriendo siempre el mismo camino, en Dresden, en Ginebra, en París: a leer los periódicos rusos en algún café o en algún club. Todo lo que ansía es ver el reflejo de Rusia, de la patria: le basta con contemplar las letras de su alfabeto, con sentir el aliento fugaz de su palabra, para ser feliz.

Alguna vez, entra a sentarse en algún museo, pero no por amor del arte — en Dostoiewski nada vence al bárbaro bizantino, al inconoclasta — sino para calentarse. Nada sabe de los hombres que le rodean: sólo que los odia porque no son rusos; en Alemania odia a los alemanes, en Francia a los franceses.

Su corazón vive alerta al palpitar de Rusia: es su cuerpo el que vegeta indiferente en este mundo hostil. Ninguno de los poetas alemanes, franceses e italianos nos dicen haberle encontrado, hablado con él. Sólo lo conocen en el Banco, donde se presenta, un día y otro y otro, este hombre pálido, se acerca a la ventanilla y con voz balbuciente de emoción pregunta si ha llegado ya de Rusia el giro que espera, aquellos cien rublos que suplicó cien veces, hincado de rodillas, con palabras de humillación, de gentes viles e indiferentes. Y los empleados acaban por reírse del pobre diablo y su eterna espera.

También en la casa de empeños le conocen, pues también allí es huésped habitual; todo lo ha empeñado; una vez hasta su última prenda de vestir, para mandar un telegrama a San Petersburgo, uno de aquellos gritos de angustia, escalofriantes, que llenan sus cartas y se nos clavan en la médula.

Se le encoge a uno el corazón leyendo las cartas de este coloso, humillantes y serviles como gemidos de perro hambriento, en que para suplicar cien rublos invoca cinco veces el nombre del Salvador; estas cartas espantosas que jadean, lloran y aúllan por un mísero puñado de dinero.

El poeta se pasa las noches en claro, trabajando y escribiendo; y mientras en el cuarto de al lado gime su mujer con los dolores del parto; mientras el ataque epilético tiende su zarpa para estrujarle; mientras la casera amenaza con la policía para cobrar los alquileres y la portera gruñe porque no le pagan, escribe "Crimen y Castigo", "El Idiota", "Los Endemoniados". "El Jugador", estas obras monumentales del siglo XIX, formas universales que han modelado el mundo de nuestra alma.

El trabajo es su suplicio y su salvación. Por él vive en Rusia, su patria. El descanso, en Europa, en la Catorga, es para él la muerte. Para librarse de ella se hunde en sus obras, con frenesí cada día mayor. Sus creaciones son el elixir que le embriaga, el acorde que hace vibrar en sus nervios atormentados el supremo goce.

Y entretanto, como antaño en los postes del presidio, va contando ansiosamente los días que pasan. En sus labios, en su miseria, sólo hay un clamor eterno: ¡repatriarse, aunque sea para volver a su Rusia como un mendigo, pero repatriarse! ¡Rusia! ¡Rusia!

Mas aún es pronto; aún tiene que seguir hundido en el anónimo algún tiempo para que su obra triunfe, mártir solitario y resignado sin queja ni grito. Aún tiene que seguir algún tiempo ignorado, en la crisálida de la vida, antes de poder ascender a la gloria inmarcesible de la eterna fama.

Su cuerpo está minado por las privaciones; los golpes de maza de la enfermedad son cada vez más aplastantes sobre su cerebro; días enteros yace sumido en la inconsciencia, en la noche de los sentidos, para arrastrarse hasta la mesa de trabajo, tambaleante, en cuanto siente renacer las primeras fuerzas. Dostoieewsky ttiene cincuenta años, pero ha vivido siglos de tormento.

LA CULMINACION GLORIOSA

Por fin, en el instante supremo y más angustioso, la voz de su destino grita: ¡"Basta!" Dios vuelve su faz a Job: a los cincuenta y dos años, Dostoiewsky puede retornar a Rusia. Sus libros le han abierto el camino.

Turguenieff, Tolstoy quedan rezagados. El "Diario de un escritor" lo eleva a heraldo de este pueblo. Y reuniendo sus últimas fuerzas y su supremo arte, el poeta acaba su testamento al porvenir de la reacción rusa que son "Los Hermanos Karamasoff".

El destino le desvela ahora para siempre, el destino de la vida, y ofrenda al que tanto sufrió y supo ser fuerte en el sufrimiento, un segundo de dicha infinita. Y Dostoiewsky comprende que la simiente de sus días de pasión empieza a dar cosecha interminable.

El triunfo se aprieta en un instante fugaz, como antes el suplicio, y su Dios le envía un rayo. Mas esta vez no es el rayo que derriba: es la chispa que arrebata a los profetas sobre un corcel de fuego a la eternidad.

Los grandes poetas de Rusia se congregan para celebrar el centenario de Puschkin. Turguenieff, el occidental, el que toda una vida le usurpó la fama, habla primero, entre el aplauso tibio de sus amigos. Al día siguiente habla Dostoiewski.

Se apodera de la palabra con demoníaca embriaguez y la esgrime como un rayo. En su voz, insinuante y cálida, estallan de pronto, como una tormenta, palabras de éxtasis y de arrebato, para anunciar la misión sagrada de la reconciliación de todos con todos en la Gran Rusia.

Cuantos le escuchan caen de hinojos, como cegados. La sala retiembla con explosiones de entusiasmo; las mujeres le besan las manos; un estudiante se desploma a los pies del poeta, desvanecido. Los demás oradores renuncian a hablar. La exaltación raya en lo infinito, y sobre la frente coronada de espinas refulge el fuego de la gloria.

LAS GENTES Y LA TIERRA TRAS UN ATAUD

Era lo que faltaba a su destino: encerrar en un minuto en ascuas la culminación de la carrera de este hombre, con resplandor que revelase al mundo entero la llamarada de su triunfo. Ya estaba salvado el fruto puro, ¿para qué conservar la áspera corteza de su cuerpo?

Dostoiewski muere el 10 de febrero de 1881. Una sacudida de escalofrío atraviesa Rusia de punta a punta. Es un instante de duelo indecible. Mas luego el dolor contenido estalla; de las ciudades más lejanas se ponen en camino, al mismo tiempo, sin que nadie las organice, diputaciones que vienen a rendir al muerto los últimos honores. De todos los rincones de la ciudad inmensa se desborda ahora — ¡demasiado tarde!, ¡demasiado tarde! — el entusiasmo frenético de la multitud. Todos quieren ver al muerto a quien olvidaron en vida.

La calle que guarda su cuerpo está negra de la muchedumbre que se atropella, y una masa sombría de gente que guarda un silencio estremecido pugna en las escaleras de la casa obrera en que murió el poeta e invade las estrechas habitaciones, hasta tocar el ataúd.

En un par de horas desaparecen las flores que cubren su cuerpo, arrebatadas como preciosas reliquias. Y tan irrespirable se hace el aire de la angosta cámara mortuoria, que los cirios se apagan por falta de oxígeno.

Cada vez es mayor la muchedumbre que afluye y refluye, como el oleaje, a los pies del muerto. El ataúd vacila, y la viuda, los niños, aterrados, tienen que sujetarlo para que no caiga.

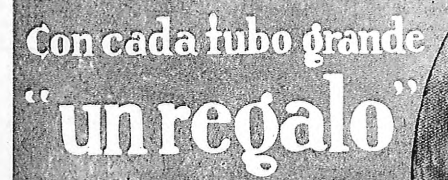
Corren rumores de que los estudiantes van a llevar los grilletes del presidiario detrás de la caja, y la policía quiere prohibir la manifestación pública del entierro. Mas no se atreve a hacerlo comprendiendo que sólo la fuerza de las armas sería capaz de contener el entusiasmo de la multitud. Y en su cortejo fúnebre se cumple, inesperadamente y por un instante, el sueño sagrado de Dostoiewski: la unión de Rusia.

Detrás de aquel ataúd, los cientos de miles son uno en su dolor, como en su obra se hermanan por el sentimiento todas las clases y todas las categorías del pueblo ruso: príncipes mozos, popes cubiertos de pompa, trabajadores, estudiantes, oficiales, lacayos, mendigos, bajo un bosque tremolante de estandartes y banderas: todos claman en un solo clamor por el muerto atesorado.

La iglesia en que se celebran sus exequias es un jardín florido, y delante de su tumba abierta todos los partidos se unen en un juramento unánime de amor y admiración.

Así, con su último latido, el poeta extiende sobre su pueblo un instante de reconciliación y contiene por última vez, con fuerza demoníaca, las disensiones rabiosas de su época.

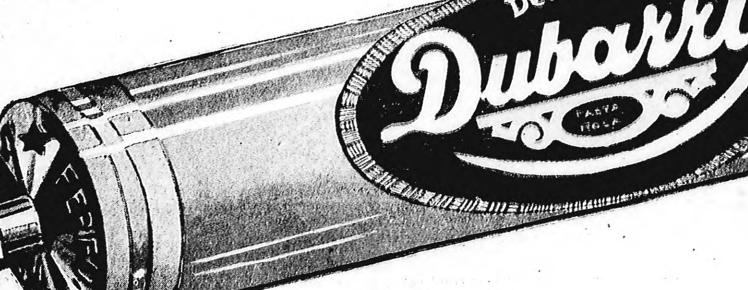
Detrás del cortejo, como una grandiosa salva por el muerto, estalla la mina espantosa: la revolución. Tres semanas más tarde, el zar cae asesinado; suena el trueno de la revuelta y los rayos de la represión arrasan al país: Dostoiewski muere, como Beethoven, bajo la tempestad, en el tumulto sagrado de los elementos.



Tubo Grande $ 1.70.

Tubo Medio

0.70





Las remarcables cualidades DENTIFRICO DUBARRY hace que millares de personas, especialmente las damas, lo empleen como el más indicado desodorante para quitar el olor y gusto que deja el cigarrillo.

Para obtener este resultado use un cepillo seco, pero si no lo tiene a su alcance puede prescindir de él. Coloque sobre los dientes un centímetro de la pasta - blanca o rosa - extiéndala con la lengua sobre éllos y las encías, deje un instanté y despues haga buches con agua fria o tibia.

Este cuidado personal se convertirá en Vd. una necesidad y un placer.

Si Vd. está entre personas que le son indiferentes reirá de cualquier manera, pero, si quien está con Vd. es de su aprecio, cuidará los detalles y evitará hasta sonreir si sus dientes están opacos y sucios.

Poco importa que los dientes sean desalineados o deformes, si están limpios.

Aplicado el DENTIFRICO DUBARRY con el cepillo seco o húmedo, produce una espuma cremosa y penetrante que limpia hasta donde los dentifricos comunes nunca pueden llegar.

El DENTIFRICO DUBARRY por su científica fórmula - clasificado entre los técnicos como el más científico de los dentifricos - limpia bien, desinfecta la boca, purifica el aliento y "perlifica" la dentadura.

Desinfecta,
purifica,
desodora,
limpia bien
y no raspa

"Perlificar" la dentadura sólo es posible con el más científico de los dentifricos: el dentifrico DUBARRY



...y que bonito regalo!!

Perfumeria
Dubarry

Escuchen Lunes, Miércoles y Viernes por L. S. 5 Estac. Rivadavia de 21.30 hasta 22.30

la "HORA SELECTA DE DUBARRY"